

EL SER Y EL EXISTIR.

RECORRIDO DE MI ESENCIA A TRAVÉS DE MI EXISTENCIA

"Y creó Dios el hombre a imagen suya: a imagen de Dios le creó; macho y hembra los creó." Génesis 1, 27

Hoy he despertado muy temprano a causa de un sueño, en el que me veía, acompañado por Dios, silencioso y atento, contemplando, sereno y extasiado, la trayectoria espiritual de mi vida y disfrutando de muchas experiencias gratificantes y liberadoras. De esta agradable sensación ha surgido lo que sigue.

Lo que voy a decir a continuación es fuerte, difícil de expresar y muy difícil de entender, pero no puedo evitar decirlo, ya que brota espontáneamente de lo más profundo de mi ser:

En Dios su esencia es su existir y su existir es su esencia.

Voy a tratar de acercarme, entender y expresar esta verdad con la humildad de mis pies descalzos, del no saber por qué, como Moisés ante la zarza ardiendo en el del monte Sinaí (Horeb), que no se consumía y que era signo de la presencia sagrada de Dios. (Éxodo 3,1-6)

Dios es energía, vida y amor intenso, presente, permanente, incomprensible, inabarcable y eterno. ¿Por qué? Porque es único, singular, en unión y coherencia continua consigo mismo. Siempre vivo y dinámico, pero tranquilo, sereno, sin prisa y lleno de paz. Al mismo tiempo que intenso y rico en expresión amorosa, en Él no hay fisuras ni deficiencias. Todo en Él está integrado, uniforme y en armonía, sin desajustes. En Él todo es probable, todo es posible, porque todo es presente y abierto, permanente y cambiante a la vez, creativo, sin perder nada de sí, ni oscurecerse su identidad e integridad. Es plena y constante consciencia de sí mismo y de todo lo que existe. Con una consciencia libre, abierta y sin juicios ni prejuicios, atenta, delicada y respetuosa, con una comprensión amorosa y validadora de todo lo que hay y existe. Dispuesto al perdón, al retorno y la acogida. Que "No apaga la mecha que aún humea, ni raja la caña cascada", sino que espera y confía pacientemente en las posibilidades de conversión y cambio de los seres humanos que, como ovejas sin pastor, andan absortos, confusos y descarriados, pues, de su ser y gracias a su amor, todo ha brotado y sigue existiendo.

Dios, presente en sí y ante sí, está en continuo y fluido diálogo amoroso consigo mismo. Este diálogo se realiza por medio de la Palabra de amor constante que siente y se expresa a sí mismo con tanta energía y fuerza, que alcanza, desde siempre y para siempre, su propia y nueva entidad. Esta Palabra es el Verbo, su Hijo. Por eso dice el evangelista San Juan: "En el principio la Palabra existía y la Palabra estaba con Dios, y la Palabra era Dios. Ella estaba en el principio con Dios. Todo se hizo por ella y sin ella no se hizo nada de cuanto existe. En ella estaba la vida y la vida era la luz de los hombres, y la luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la vencieron... La Palabra era la luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo. En el mundo estaba, y el mundo fue hecho por ella, y el mundo no la conoció. Vino a su casa, y los suyos no la recibieron. Pero a todos los que la recibieron les dio poder de hacerse hijos de Dios, a los que creen en su nombre; la cual no nació de sangre, ni de deseo de carne, ni de deseo de hombre, sino que nació de Dios. Y la Palabra se hizo carne, y puso su Morada entre nosotros, y hemos visto su gloria, gloria que recibe del Padre como Hijo único, lleno de gracia y de verdad... Pues de su plenitud hemos recibido todos. Porque la Ley fue dada por medio de Moisés; la gracia y la verdad nos han llegado por Jesucristo. A Dios nadie le ha visto jamás: el Hijo único, que está en el seno del Padre, él lo ha contado." (Juan 1,18)

Este diálogo constante y fluido entre el Padre y el Hijo es tan intenso, profundo y verdadero, que da lugar, desde siempre, a otra entidad en su misma unidad e identidad, que es el Espíritu Santo, como expresión y expansión del Amor en Dios. Espíritu de amor creador, iluminador y salvador de toda la realidad existente. Espíritu de Amor que nos rescata y salva de la prisión

de nuestras limitaciones, confusiones, errores y ataduras e ilumina con su luz nuestras sombras por medio de Jesucristo, pues, como dice San Pablo: "Tanto amó Dios al mundo, que envió a su Hijo, nacido de mujer."

Este Amor trinitario tan intenso y expresivo, se expande y manifiesta a través de la creación de todas las realidades existentes en el cielo y en la tierra, especialmente los seres humanos, por lo que, según San Pablo, "Todas las criaturas cantan y alaban la gloria de Dios". Los seres humanos somos el último, más precioso, perfecto y preciado eslabón de la cadena de seres creados amorosamente por Dios: "Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza". Por eso, añade San Pablo: "Dioses somos...", "aunque llevamos esa riqueza en vasos frágiles de barro". Yo, como un regalo para mi vida, formo parte de ese maravilloso eslabón.

En este contexto divino, espiritual y amoroso, encuentro mi propia existencia como una oportunidad de colaboración en la expansión y expresión de la esencia divina, a través de mi esencia participada y de mi existencia en el Mundo. Es como si la luz de mi ser hubiese sido encendida en esa gran lámpara de Luz que es la esencia divina. Luz con la que estoy llamado a iluminar mi caminar, el del mundo y el de todos los que viven conmigo.

A mí me corresponde la maravillosa tarea de lograr mi desarrollo personal y de alcanzar la unidad de mi ser y existir, de mi esencia y existencia, a fin de colaborar en la obra no terminada, en mí y en todo lo que me rodea, de la creación y salvación divina, mediante mi libertad de opción y decisión. Para ello cuento con el tiempo de mi vida y la realidad del espacio de mi cuerpo, de mi mente, de mis sentimientos, de mis emociones, de mi entorno, de mis acciones de mis relaciones y de mi espíritu para discernir y darme cuenta. Además, cuento con el amor, el apoyo, la aportación y colaboración de las personas con las que comparto mi existencia.

Para lograrlo mejor y más fácilmente, tengo que reconocer, aceptar y enfrentarme al pecado original y radical de los seres humanos, también presente en mí, como es, la inconsciencia de mi orgullo de creer ser y saber más de lo que soy y sé. Estar atento a lo que valgo y a mis límites, ignorancias, sombras y errores. Permitir equivocarme, sin avergonzarme, ni culparme, ni autocastigarme, ni acomplejarme y aprender de mis fallos. Aceptar y afrontar la realidad de lo que me ocurre y de lo que ocurre a mi alrededor, superar las dificultades y resolver las situaciones y encrucijadas que se me van presentando en la vida cotidiana.

Abrirme a lo nuevo, aceptar y respetar lo distinto, lo diferente y lo diverso de otras realidades y criaturas, especialmente de las personas, pues en ello está la multiplicidad y riqueza de los matices, la grandeza y belleza de la Verdad de todo lo que existe.

Dejarme llevar, enseñar y acompañar humildemente por todos, especialmente por aquellos que más y mejor han aprendido de la vida y han aportado su sabiduría, creatividad e inventiva al crecimiento de los seres humanos y al desarrollo y mantenimiento sostenible del Universo.

Despertar de mi sueño de apariencias, vanidades y narcisismos y darme cuenta de lo que me pasa y de lo que pasa a mi alrededor, de lo que experimento y siento, de lo que experimentan y sienten los demás, siendo consciente, al mismo tiempo, de mi grandeza de origen y de la pequeñez de mi ser, como grano de arena sencillo y pequeño, en la playa del mundo, pero grano imprescindible para su existencia y su belleza. La playa no sería la misma sin mi grano de arena.

Desear amar y ser amado. Sentirme necesitado, deseando y queriendo el amor, la atención, el cuidado y el cariño de los otros. Dar y pedir amor. Conectar con el mundo y con las demás personas en actitud de respeto, solidaridad y colaboración con ellas en la reconstrucción ecológica de nuestras vidas y del entorno.

Y, sobre todo, ser agradecido por haber sido llamado a la vida, haber sido agraciado y haber recibido tantos dones y regalos de Dios a lo largo de mi existencia.

Victoriano Martí Gil. 12 de noviembre de 2018